

LECTURA

¿Presta usted Juramento?

Los soldados no eran los únicos obligados a prestar el nuevo juramento de lealtad a Hitler. Un alemán recordó el día en que le pidieron jurar lealtad al régimen:

Trabajaba en una planta de defensa (evidentemente, una planta de guerra, pero siempre fueron llamadas plantas de defensa). Ese fue el año de la Ley de Defensa Nacional, la ley de “reclutamiento total”. Conforme a la ley, me exigían que prestara el juramento de lealtad. Dije que no lo haría; me opuse sin ningún remordimiento. Me dieron veinticuatro horas para “reconsiderarlo”. En esas veinticuatro horas se me vino el mundo encima...

Es decir, rehusarme hubiera significado la pérdida de mi trabajo, por supuesto, no ir a prisión o algo parecido. (Más adelante, la sanción fue peor, y eso que hasta ahora era 1935). Pero, perder mi trabajo hubiera significado que no podría conseguir otro. Adonde quiera que fuera me hubieran preguntado por qué perdí el trabajo que tenía y, cuando dijera el motivo, con seguridad me hubieran negado el empleo. Nadie hubiera contratado a un “bolchevique”. Evidentemente, yo no era un bolchevique, pero comprenderán lo que quiero decir.

Traté de no pensar en mí ni en mi familia. Podríamos haber salido del país si fuera el caso, y yo podría haber conseguido un trabajo en el campo de la industria o la educación en algún otro lugar.

En lo que trataba de pensar era en las personas a las que podría ayudar más adelante, si las cosas empeoraban (considerando que yo creía que eso pasaría). Tenía bastantes amistades en círculos científicos y académicos, incluidos muchos judíos, y también “arios”, que podrían estar en problemas. Si prestaba el juramento y conservaba mi trabajo, de alguna manera, podría ser de ayuda conforme iban saliendo las cosas. Si me rehusaba a prestar el juramento, con seguridad no podría ayudar a mis amigos, ni siquiera si permanecía en el país. Yo mismo estaría en su situación.

Al día siguiente, después de “reconsiderarlo”, dije que prestaría el juramento con la reserva mental, de que, por las palabras con las que este empezaba, “Ich schwöre bei Gott” (“Juro por Dios”), entendía que ningún ser humano ni gobierno tenía el derecho

de invalidar mi conciencia. Mis reservas mentales no le interesaban al oficial que me tomó el juramento. Preguntó: “¿Presta usted juramento?”, y eso hice. Ese día se me vino el mundo encima, y yo lo provoqué.

En primer lugar, está el problema del menor de los males. Prestar juramento no fue tan malo como el no poder ayudar a mis amigos más adelante. Pero el mal de prestar juramento era incuestionable e inmediato, y ayudar a mis amigos estaba en el futuro y, por lo tanto, era incierto. Tenía que cometer un mal positivo en ese momento y lugar, con la esperanza de un posible bien más adelante. El bien pesaba más que el mal, pero el bien era solo una esperanza y el mal era un hecho... La esperanza podría no llegar a cumplirse, por razones ajenas a mi control o porque me asustara más adelante o, incluso, porque estuviera asustado todo el tiempo y simplemente me estuviera engañando a mí mismo cuando presté juramento en primer lugar...

Allí estaba yo en 1935, un ejemplo perfecto de la clase de persona que, por todas sus ventajas de nacimiento, educación y empleo, gobierna (o podría gobernar) en cualquier país... Mi educación no me ayudó, y tenía una educación mejor y más amplia que la mayoría tenía o, incluso, tendría. Lo único que hice, finalmente, fue permitirme racionalizar mi falta de fe de manera mucho más fácil de lo que podría haber hecho si hubiera sido ignorante. Y allí estaba yo, creo, entre los hombres cultos en general, en ese momento en Alemania. Su resistencia no fue mayor a la de los otros hombres.¹

¹ From Milton Mayer, *They Thought They Were Free: The Germans 1933-45* (Chicago: University of Chicago Press, 1955), 177-81. Reproduced by permission from University of Chicago Press.